

---

---

## Doré, premonición y humanismo

---

---

### El artista, a la sombra de la catedral

Pablo Gustavo Luis Cristóbal Doré, universalmente conocido por su segundo nombre, dibujante, grabador, pintor y escultor, nació en Estrasburgo el 6 de enero de 1832 y murió en París el 23 de enero de 1883. Sus diez primeros años de vida se desarrollaron en su ciudad natal y concretamente a la sombra de la catedral, ya que vivía en la calle de los Escribanos, en una casa con una escalera renacimiento que contribuía a conformar el ambiente medieval y tradicional que marcó profundamente su obra. Estas primeras impresiones de Alsacia, contempladas por un niño muy imaginativo y precozmente dotado, se proyecta, después de haber experimentado una gran transformación artística, en casi todas sus obras ilustrativas y, sobre todo, en las realizadas para la obra de Balzac *Contes Drolatiques*.

Estas grandes estructuras de piedra que en determinadas horas del día podían contemplarse como auténticas fantasías próximas a convertirse en niebla, produjeron un fuerte impacto en el artista y determinaron una gran parte de su inspiración y de su carrera.

En 1843 la familia Balzac se desplaza a Bourg-en-Bresse, en donde viven algo más de cuatro años, hasta 1847, época en la que Doré concluye sus estudios en el Liceo Carlomagno mientras envía sus primeras colaboraciones a una publicación de Charles Philipon. A los diecisiete años comienza a interesarse por la pintura de caballete, multiplicando sus paisajes prácticamente sobre los mismos temas, los Vosgos y los Alpes. A la muerte de su padre, en 1849, el artista se instala definitivamente en París y ya no lo dejará nunca más que para algunas estancias en los Pirineos, en Alsacia, en las orillas del Rhin, en la Selva Negra, en Suiza, en España y en Inglaterra, donde, en Londres y en el año 1868, funda una galería que lleva su nombre.

### El testimonio de la miseria proletaria

En la capital inglesa Doré alcanza un gran éxito comercial y encuentra una serie de temas que estimulan su imaginación y movilizan su talento, entre ellos las carreras, la vida cotidiana, las costumbres de los estamentos más elevados de la sociedad y al lado la implacable constatación de la atroz miseria londinense del siglo XIX, las viviendas infrahumanas, las condiciones de trabajo y, sobre todo, el sentido de unas gentes viviendo totalmente al margen de la esperanza. Sus dibujos de este tema son auténticas rúbricas de los escritos revolucionarios de Flora Tristán, Engels y Marx, y

anuncian toda una continuidad de exploraciones que otros artistas van a realizar posteriormente.

## Una carrera en torno a la Ilustración

Pero en realidad la trayectoria de Doré comienza mucho antes con la realización de las ilustraciones de Rabelais, en 1854. A partir de estos años el artista hace compatibles una vida llena de compromisos mundanos, una intensa práctica deportiva, numerosas relaciones amorosas y una jornada agotadora de dieciséis a dieciocho horas diarias de trabajo. En la mayoría de los casos se ve imposibilitado por falta de tiempo para llevar a cabo la estampación de sus grabados, que tiene que confiar a otros, dando lugar a que, en ocasiones, la interpretación no sea ni la más adecuada ni la más congruente.

Al cumplir treinta años Doré anuncia el más ambicioso de todos sus proyectos, consistente en publicar todas las obras maestras de la literatura universal. Ganado por las exigencias de su expresión ilustradora, va adoptando formatos de libros cada vez más grandes y, al mismo tiempo, ganando madurez en sus interpretaciones de realizaciones literarias. Su capacidad de trabajo es tan notable que en 1848 expone por primera vez en el Salón Nacional francés y desde esta fecha prácticamente no deja de hacer incursiones por la pintura y la acuarela, e incluso un año antes de morir, en 1882, realiza alguna de sus esculturas más notables. Enfermo de una afección cardíaca desde 1878, fallece en 1883, después de declarar con una orgullosa tristeza: «He trabajado demasiado» y sin haber conseguido su sueño de ilustrar la totalidad de las obras de Shakespeare, cuyos dibujos preparatorios había realizado en 1877.

El balance de su labor es verdaderamente abrumador. A los cincuenta y un años había realizado más de cien mil dibujos sobre madera, importantísimas colecciones de litografías, entre ellas la alucinante interpretación de la obra *Calle de la vieja linterna*, homenaje a Nerval, realizado en 1855, y también un gran número de grabados, cuadros, 45 grupos de estatuas, bajorrelieves y piezas decorativas. Estas esculturas, realizadas durante sus últimos doce años, constituyeron el monumento a Alejandro Dumas, elevado el mismo año de la muerte de Doré en la plaza Malesherbes, de París.

El catálogo completo de la obra de Doré como ilustrador de libros constituye una publicación de gran tamaño y en la misma medida sus obras forman un conjunto de imágenes en donde el genio visionario del artista se alía a una imaginación renovada constantemente y a un virtuosismo técnico que muy pocos ilustradores han alcanzado. A título de ejemplo, citemos la *Historia pintoresca, dramática y caricaturesca de la santa Rusia*, con texto del propio Doré, publicado en 1854; en el mismo año, las obras de Rabelais; en 1855, los ya citados *Contes drolatiques*, de Balzac, y la *Leyenda del judío errante* un año después. En 1857, *Los cuentos de hadas*, de la Condesa de Segur. Entre 1861 y 1868, *La Divina Comedia*, de Dante. En 1872, los *Cuentos de terror*, de Perrault. En 1863, *Don Quijote*. En 1866, la *Biblia*. En 1867, la versión inglesa de *Los trabajadores del Mar*, de Victor Hugo, y *El paraíso perdido*, de Milton. Al año siguiente, *Los idilios del rey*, de Tennyson. En 1874, *El viaje por España*, de Carlos Davillier. En 1879, *El Orlando Furioso*, de Ariosto, y en 1883, *El cuervo*, de Edgar Allan Poe.

## Premonición y humanismo

Este artista de prodigiosas facultades, cuya mentalidad ha sido informada en sus primeros años por una región tan peculiar como Alsacia y por una ciudad urbanística y arquitectónicamente tan fantástica como Estrasburgo, se relaciona a través de sus ilustraciones con amplísimos sectores del pensamiento y de la creatividad. Se abre a la fantasía relacionándose con artistas que suscitan su admiración y que son tan diversos como los románticos alemanes y Van Gogh. Su delirio arquitectónico, su increíble capacidad de crear castillos, iglesias y torres de traza alucinante, le lleva a ser, en cierto modo, un precursor del clima onírico alternativamente sádico o glacial de los grandes surrealistas. Sus grabados sobre los suburbios londinenses o el paseo de los presos en una cárcel de su época le llevan a ser un precursor de los realismos sociales, y con su obra *La Santa Rusia* se convierte en uno de los antepasados directos de las tiras cómicas dibujadas que hoy llamamos por su nombre norteamericano de *comics*.

Pero aún hay algo más: Doré es un gran captador del alma y de la entraña de los países que visita o en los que vive. Su identificación, su capacidad de discernimiento y su profundo sentido del trazo y de la línea hacen de sus obras auténticos ejemplos en el arte de identificar una manera de ser o, en general, cualquiera de los caracterizantes que informan una civilización o una cultura. En tres obras vamos a centrar un análisis parcial de sus temáticas y de sus aciertos, eligiendo tres realizaciones de temáticas y compromisos muy diferentes: *Les contes drolatiques*, *El Quijote* y *El viaje por España*, del barón Davillier. A estos tres testimonios nos remitimos para extraer de ellos una consideración esclarecedora.

## La loca imaginación

En las páginas de *Les contes drolatiques* se encuentran, no enfrentados, sino integrados, dos titanes: por un lado, el poderoso narrador que es Balzac, puesto a desentrañar toda la potencia de su fantasía creadora y toda su apertura ante una creatividad fantástica, y, por otro, Gustavo Doré, que en estas ilustraciones es mucho más que un romántico: parece como si todas las temáticas y los hallazgos que han sido objeto de sus atenciones, las creaciones de Tiépolo, los caprichos de ruinas romanas, de Pannini, las cámaras sepulcrales y las antigüedades de Piranesi hubieran encontrado en el artista francés toda una posibilidad de proyección aún más ambiciosa, trascendiendo el mundo de lo visible para proyectarse sobre unos trazos que actúan como auténticas insinuaciones de formas en función de una delimitación de espacio que es más bien un planteamiento. No sólo las dimensiones celestes son infinitas, sino que la ciudad laberíntica, la arquitectura que parece responder a imperativos orgánicos, es también, en la mayoría de los casos, un proyecto infinito; nada tiene límite, porque el mundo en que vivimos, y ésta es la sugerencia que realiza Doré, no es el mundo de las experiencias, sino el extraño y tupido universo de las obsesiones, y por ello es imposible pensar en que sobre este mundo que los cuentos revelan puede instalarse otra cosa que no sea la imaginación.

Es la demencia imaginativa la que reina, domina y predomina sobre la pauta de estos dibujos, en los que lo arbitrario se convierte en natural, el artificio se enmaraña con la naturaleza hasta los más insospechados límites y todo concurre a plantearse como una de las más colosales aventuras del sueño. Los hilos de la trama denuncian unas coordenadas de espacio y de tiempo aun quizá sin hacernos objeto de una demasiada profunda referencia por entender que son coordenadas sobre las que predomina el reinado de lo imaginario; lo que en Balzac es un esfuerzo para contraponer los conceptos clave de las épocas y de los tiempos, en Doré se convierte en algo mucho más ambicioso, más decantado, en donde de alguna forma reina y predomina el azar y otros elementos aleatorios.

En la mentalidad romántica, nos lo acaba de revelar Rafael Argullol, trasciende una sensación de dejarse atraer por el abismo, de vincular las diferentes instancias creadoras en un sentido de voluntad y aceptada perdición, pero en esta realización de Doré el dibujo romántico va mucho más allá, obedece a una serie de fuerzas elementales de disgregación y estallido, que llevan necesariamente el trazo y la imagen a distendirse de la manera más tremenda que pudiera imaginarse, a convertirse en el propio resplandor de las formas, y eso contando con que el artista se mueve siempre con los muy limitados medios del dibujo.

## Una inacabable galería de personajes

En la ilustración de *Los contes drolatiques* se encuentran dos auténticos tumultos creativos. El propósito inicial de Balzac era hacer un conjunto de cien cuentos agrupados en diez decenas; realizó sólo tres, pero estas treinta narraciones rebosan tipos y prototipos, situaciones, fisonomías y manifestaciones de psicología. Por ello no es extraño que al leer la obra Doré encontrara su verdadera medida o, por decir mejor, los auténticos perfiles de su desmesura, y la respuesta fue un esfuerzo ímprobo, con el cual el ilustrador llevó a cabo más de trescientos dibujos en menos de un mes.

De las manos del ilustrador surgieron imágenes que aún nos asombran por su modernidad, como la cabalgata entre las sombras que constituye uno de los argumentos del cuento *Pecado venial*, el sutil erotismo de la ilustración para *La amiga del Rey*, y, sobre todo, retratos espléndidos de protagonistas: el capitán Cohegrue, casi fundido en su propia armadura y distorsionado en sus gestos; el abogado Ferón; la gracia con la que se insinúa el paso de la bella Imperia con la cola del traje que mantiene un pajecillo; la procesión de los mendigos contrastando con la imagen de Francisco I, galante y gigantesco, estrechando a la vez a tres mujeres; el escorzo que recuerda a Mantegna en el cuento titulado *Construcción del castillo Azay*, en el que al mismo tiempo vemos desarrollarse un auténtico delirio urbanista.

El amor y la muerte se juntan muchas veces en estas ilustraciones; recordemos la imagen surrealista del hombre partido en dos de un espadazo en el cuento *El Condestable*; la cabeza cortaza que anticipa realismos contemporáneos y evoca objetos de meditación barrocos; el tema de la horca, directamente entrañado con las narraciones, pero, sobre todo, las fisonomías apacibles o inquietantes, serenas o

demoníacas, que constituyen todo un enorme friso. Puede decirse que en estos cuentos en los que Balzac quiso reconstruir algo de la torrencial riqueza de las lenguas pretéritas, Doré acentuó la prodigalidad de las imágenes, dando no sólo una evocación a los tiempos idos, sino también prestando un singular vuelo a la fantasía.

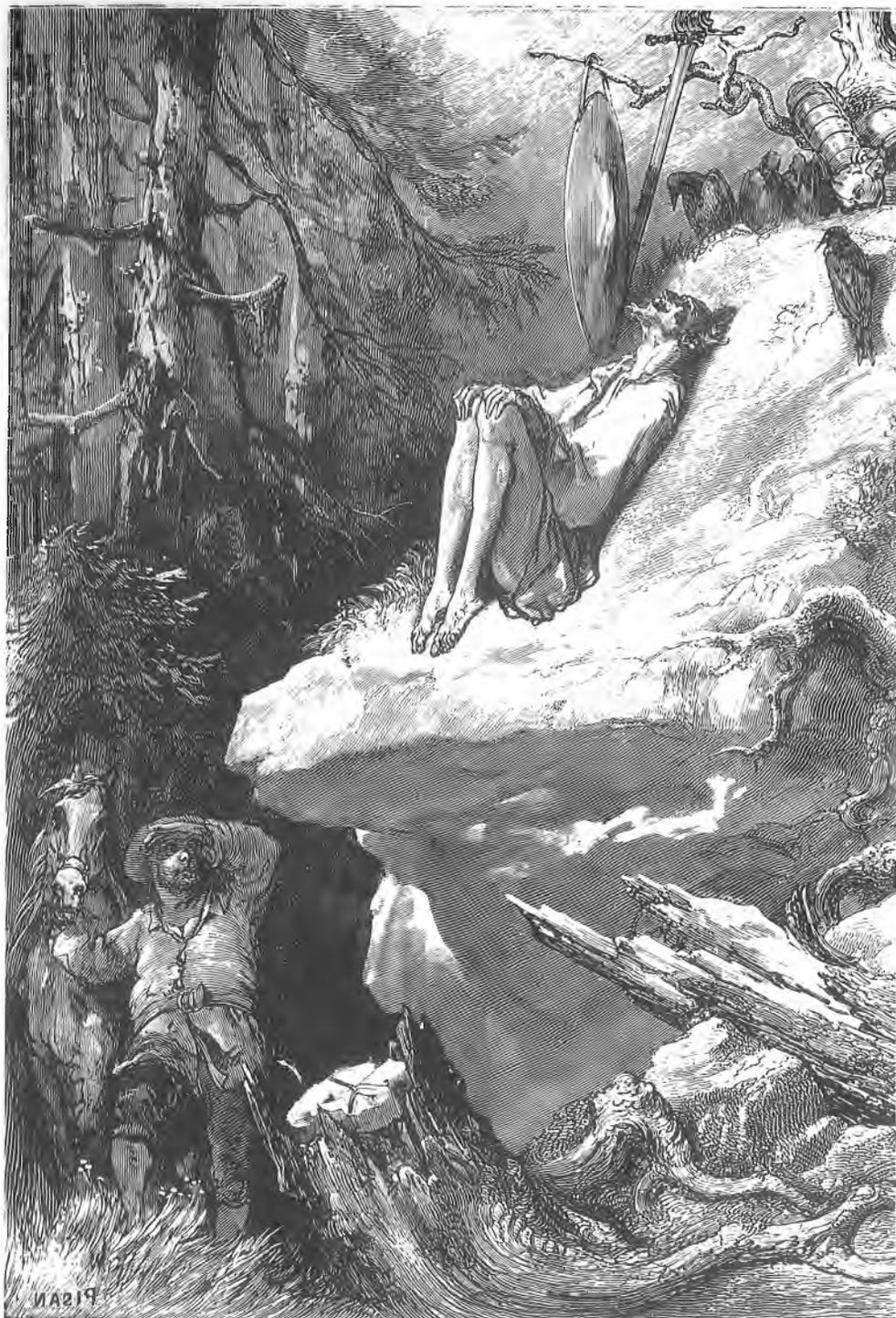
## Mito y prototipo

En la medida en que la ilustración constituye un punto de partida para el juego de lo imaginativo, la obra de Doré, sobre todo en sus realizaciones más capitales, es un considerable elemento de asiento para esta posibilidad y quizá el testimonio más claro sea la ilustración llevada a cabo para el *Don Quijote*, que, según ha señalado Antonio Buero, era el más adecuado libro a ilustrar por Doré, por cuanto ofrecía en su obra una posibilidad de unión de la trascendencia simbólica con inagotable movilidad de la realidad. Es evidente que los ilustradores de *El Quijote*, quizá con la única excepción de Doré y Vierge, se han quedado siempre, o bien en el epitelio de lo pintoresco o en la entraña de lo grotesco o, como en el caso de Dalí, en un personalismo desnaturalizador de la obra ilustrada. Pero Doré, que era tan pródigo en facetas como el propio Cervantes, no desvirtúa ni exagera, no se deja llevar por una u otra tendencia, intenta el proyecto utópico, que en él se hace prácticamente realidad, de una ilustración total que, a lo largo de los siglos y a través de la pista que da la palabra, reconstruye el pensamiento, la personalidad, la intención del autor.

En la ilustración de *El Quijote*, Doré juega con su propia fantasía, con los grandes contrastes que plantea la altiva desmesura de la geografía junto a la pequeñez del ser humano, escruta en la imaginación de Cervantes y en cierto modo se subroga en las visiones de Don Quijote. Es todo un juego casi alucinante en el que se establece la ilustración de lo visible y lo invisible, de lo vivido y lo soñado, incluso de las traiciones de la imaginación y del pensamiento. Cuando la imagen de Don Quijote se enfrenta al mar o a la montaña surge el mismo contraste de escala que cuando lo vemos entre sus libros acosado por el aluvión de sus pensamientos, por las quimeras y los fantasmas que las lecturas le han ido sembrando y acrecentando hasta constituir auténticas presencias en su entorno.

El libro ofrecía al ilustrador una serie de tentaciones y casi todas ellas fueron absolutamente aprovechadas; por ello la ilustración de Doré está llena de aciertos: el contraste entre unos ideales de austeridad y una gula que tiene su asiento en la tradicional hambre de los españoles. La imagen enternecedora de Sancho abrazado a su burro, la polivalencia de Don Quijote, unas veces galante y gallardo, otras derrotado, pero siempre dotado por el doble sello de la hidalguía y de su propia convicción ideológica, de ese quijotismo que a través de las ilustraciones vemos una y otra vez reflejado, más en el escudero que en el caballero.

Pero sobre todo la ilustración de *El Quijote* representa un considerable esfuerzo en la comprensión de un país que no es el suyo, al que indudablemente ha sentido con gran vehemencia e incluso ha debido de amar sin reservas y del que ha captado, con la reiteración de su toque magistral, el interno acorde de la melancolía, el sentido



*Gustavo Doré: Uno de los grabados de la colección sobre El Quijote.*

profundo de un señorío que se siente de manera casi telúrica, la entrañable presencia de un humanismo disfrazado en la evocación de los hábitos caballerescos ya anacrónicos. Y, sobre todo, el contraste. Doré sabe que España es país contradictorio, como lo es toda la obra titánica de este ilustrador, escultor, pintor. Sobre la península, la vida y la muerte, la opulencia y la miseria, la injusticia y el altruismo coexisten de una manera contradictoria y siempre encontrada, y por ello a partir de la luz y de las sombras de sus ilustraciones toda la interpretación quijotesca de Doré es un juego de contrastes, un homenaje al claroscuro ibérico, a todas las esencias encontradas de un pueblo alucinante hecho de egoísmo y abnegación, de idealismo y realismo, quizá también de locura y de muerte.

## El viaje por España

A lo largo del viaje que desarrolla con su amigo el barón Davillier y con el hermano de éste, Doré tiene la posibilidad de conocer no una, sino varias Españas. Un itinerario bastante bien planteado, que permite asomarse a la España monumental y artística, a la de la fiesta de toros, a la que está caracterizada por las profundas injusticias sociales y a la España de la miseria, que identifica su rostro con el de los mendigos tremendos apiñados en las puertas de las iglesias y los claustros de las catedrales. Davillier no quiere de ninguna forma resignarse con una España superficial y exterior y pretende por todos los medios bucear en las costumbres, en los modos de vida, en las formas de existencia de los grupos marginados y en la diversidad etnológica de determinados enclaves raciales. En esta tarea lo sigue con enorme fidelidad Doré, pródigo en captar el paisaje, los tipos populares, que marcan toda una antropología; el sentido de la fiesta; los ambientes más diversos, desde el zaguán de la posada hasta la reunión en la casa de familia acomodada y, sobre todo, el espectáculo, para él sorprendente y apasionante, de la corrida de toros, hacia la que siempre tuvo una gran afición, dedicándose a tareas relacionadas con la tauromaquia en diversas ocasiones.

En la misma manera que la ilustración de *El Quijote*, el viaje por España es un intento de trazar una indagación en profundidad sobre un país reflejando sobre todo el pulso del pueblo, pero también buscando las marginaciones, transcribiendo incluso el rudísimo contraste, la ejecución de un asesino catalán y el paseo por el Prado de los elegantes madrileños.

Hay algo en Doré que lo lleva más allá del documento, que le hace trascender el mero testimonio, el juego apasionante de búsqueda de la verdad en el que Davillier le compromete, hace que en todas sus ilustraciones se insinúe siempre una tercera dimensión, algo imperceptible que va más allá de lo meramente narrado en imágenes y que se proyecta con una especial fuerza, con una peculiar energía, esto no es si no el propósito decidido de que a través de las estampas siguiendo los cauces de la ilustración, lo imponderable, los rasgos distintivos, los que hacen de una cosa lo que es, acudan a la cita del dibujo y a la doble aventura del trazo y de la línea.

Otro de los rasgos de Doré que nos aporta la contemplación de las ilustraciones

del *Viaje por España* es el carácter tremendamente amplio de su visión y al mismo tiempo su capacidad de diversificación. Lo mismo que al ilustrar obras literarias, Doré no confunde jamás ni el pensamiento ni la acción ni la interpretación de la vida a la que está siguiendo, tampoco en España entremezcla las diferentes realidades sustantivas que surgen a su atención. Los paisajes, las aldeas, los tipos populares, los oficios, tienen cada uno su impronta personal, su sentido puro y claro. Porque en el viaje por España Doré realiza la más representativa y, al mismo tiempo, la más amplia de sus tareas ilustradoras.

### A manera de conclusión

El lector que se aventura por las páginas de los tres libros que hemos citado, que aprenda a reír y sonreír con las visionarias imágenes de *Los cuentos droláticos*, que se identifique una vez más con las desdichas del *Ingenioso Hidalgo*, o que recorra la España de 1870 siguiendo sus dibujos, se habrá asomado de una manera amplia, pero siempre parcial, a esta figura realmente increíble, de cuya muerte se cumplen ahora cien años, a la personalidad de un hombre que parecía hacerlo todo como si jugara, próximo al volatinero o al titiritero, tocando el violín o haciendo piruetas para divertir a los amigos, creando con el impulso excepcional que define a los hombres de las grandes épocas de la humanidad, evocando, describiendo, sugiriendo, convocando en el corazón del espectador, alternativamente, temores y angustias, alegrías y esperanzas, retribuyendo la atención que le rendimos con un caudal inagotable de sensaciones.

RAÚL CHÁVARRI  
*Instituto de Cooperación Iberoamericana*  
*Ciudad Universitaria*  
MADRID-3